



Clelia Moure
Interrupciones. Por una poética de la lectura
Buenos Aires
Tercero en discordia
2021
98 páginas

PALABRAS CLAVE: ENSAYO – POÉTICA – MEMORIA –
INTERTEXTUALIDAD

KEYWORDS: ESSAY – POETICS – MEMORY – INTERTEXTUALITY

Cuatro recortes en torno a una poética de la interrupción

Fernando Valcheff García¹

En tiempos donde los debates acerca de nuestra inestable relación con la verdad son llevados al centro de la discusión pública, no debería resultar novedoso el hecho de que todas las personas leemos y escribimos desde un determinado ser y estar en el mundo; una posición singular no sólo teórica sino sensible que conecta con infinitas coordenadas discursivas y vivenciales. Acaso por eso llama la atención que continúen siendo pocas las instancias en las que dicho lugar de enunciación, en el que lo íntimo y lo público conviven en un mismo plano, sea puesto a mediar en el discurrir de la actividad intelectual.

Interrupciones. Por una poética de la lectura, de Clelia Moure, no solo revaloriza la percepción y la experiencia propia como piedras angulares de toda práctica de pensamiento –gesto todavía resistido en los ámbitos más rígidos de la academia que abogan por impostados gestos de distanciamiento y solemnidad– sino que pone a trabajar productivamente esta elección, explorando las posibilidades críticas de un

¹ Profesor en Letras (UNMdP) y Master Mundus Crossways in Cultural Narratives (University of St Andrews/Universidad de Santiago de Compostela/Universidade NOVA de Lisboa). Becario Doctoral en el PhD in Romance Languages and Literatures (University of Michigan). Mail de contacto: fervalcheff@gmail.com

misceláneo archivo lector ungido por las figuras pivotaes de Roland Barthes y Jorge Luís Borges.

Intentando hacer justicia a la tentativa del volumen de sortear prácticas textuales e institucionales deterministas, esta reseña traza cuatro interrupciones encabezadas por la voz de la autora evocando citas del libro que aparecen dislocadas de su contexto original y ofreciendo azarosas puertas de entrada al texto sin orden jerárquico o de prioridad. Interrupciones intuitivas, re-cortes de recortes sometidos a juicios provisionales y parciales que, acompañando el recorrido del libro, apelan a los mecanismos creativos de la imaginación lectora en su apuesta por la anarquización de cualquier instancia última.

“Siempre ligados en mi recuerdo y en mi percepción” (69)

“Leer levantando la cabeza”, memorable imagen planteada por Roland Barthes en *Escribir la lectura* que Moure identifica como pieza clave de su poética de lectura en la introducción a su volumen, se convierte en un gesto necesario, una práctica consciente y una instancia de goce –placer angustiante derivado de las interferencias que acechan el recorrido del texto– frente al enorme despliegue de registros ensayado en *Interrupciones*. Ese “improbable pero deseado lector” (31) que la autora invoca en más de una ocasión se ve interpelado no solo por las referencias explícitas al acto de escritura del propio texto y sus imaginados receptores, sino también por la potencia de la multiplicidad evocada tanto en el abordaje de productos culturales de diversa índole como en el descenso a los tumultuosos confines del propio inconsciente.

Sueños y remembranzas, diseminados a lo largo de todo el libro, son la materia central de “I. La tenaz persistencia de la memoria”, donde Moure revisita experiencias de la infancia y la pasada adultez que dialogan con escenas de lectura cuya profunda huella (psíquica y textual) sirve como puntapié para cuestionar las mecánicas estatuarias del recuerdo y el olvido. Aquí, lo doméstico y lo cotidiano, escenificado en espacios como el patio de la casa familiar o el jardín de infantes, ingresan en la escritura aportando un aura melancólica, por momentos misteriosa y desconcertante. Con ellas se cruzan las figuras de Christopher Nolan, Juan Rulfo, Jorge Luís Borges y Sigmund Freud, así como sus prácticas e ideales artísticos. El intrépido diálogo que Moure establece entre estas instancias discursivas plurales elimina su artificial compartimentalización, favoreciendo una reunión no jerárquica de repertorios textuales diversos que, como veremos, resulta una constante a lo largo del libro.

“Salvaje y poderosa es la vida y sus infinitas, azarosas e ingobernables conexiones heterogéneas” (81)

Además de dialogar con las *Interrupciones* de Juan Gelman en el trazado de una poética de la anécdota cotidiana, lo íntimo y lo autoreflexivo, el volumen hace eco en las *Iluminaciones* de Walter Benjamin y sus flashes intermitentes que recuperan trozos de (la) historia –personal y del arte–, tramando escenas dislocadas y enhebradas por el hilo de una textualidad cuyo estado preferente es el de la *Metamorfosis* kafkiana. Estos vínculos, en principio azarosos, escenifican un parentesco intertextual reflejado no solo en los títulos de los mencionados volúmenes, sino en una sensibilidad desplegada bajo la forma de fragmentos poéticos y ensayísticos –nuevamente en la estela benjaminiana este es, en cierta forma, un *Libro de (los) pasajes*– que saturan las estructuras y formatos convencionales abriendo el juego a la posibilidad de pensar “la meditación y el relato como discursos íntimamente conectados” (5).

Con “II. La escritura y la fragilidad”, Moure invoca estas manifestaciones del discurso por medio de reflexiones autobiográficas y artísticas propias y ajenas que dialogan con relatos en los que lo subjetivo y lo literario son expuestos a la versátil, mutable y siempre sugestiva condición de lo intertextual. En un trayecto estacionario de ocho paradas, Moure visita fragmentos y motivos de la obra de Van Gogh (“1. Autorretrato”); Artaud (“2. Sobre lo irrefragable”); Primo Levi y Beckett (“3. Sobre lo indecible”); Kafka (“4. Sobre la imposibilidad de escribir”); Pizarnik y Freud (“5. Extraer la piedra de la locura”); Rubens, Cellini, Caravaggio y Canova (“6. La mirada de la Medusa”) y Duras, Capote y Borges (“7. La soledad del escritor”; “8. Una biblioteca ciega”). Distintas formas de la imaginación que van desde “lo irrefragable” (29) hasta el “pequeño drama infantil” (44) trazan un anecdotario de vivencias cargadas de una potente impronta retórica y personal. En todas ellas, la inquietud intertextual se convierte en motor de pensamiento, en puente entre la experiencia emotiva y el arte, enlazando una cadena de imágenes y episodios en cuyo núcleo reverbera un pasado siempre latente e inestable.

“La frágil condición de toda pretendida certeza” (53)

Si algo nos han enseñado los espejos y laberintos que pueblan el universo borgeano es a dudar de aquello que se nos presenta como evidente. Ramificando esta senda indagatoria, y fiel a las interrupciones cartografiadas más arriba, Moure elige pausar –imposible hablar de un cierre– la segunda sección de su libro con una reflexión acerca de las imágenes poéticas en Borges y, en particular, su uso de la hipálage. Esta figura retórica que trabaja con la ambigüedad es recuperada por la autora como un elocuente ejemplo de suspensión de la certeza. Es en tal sentido que el volumen escenifica la dinámica de las *intervenciones*, las *intersecciones*, los *intervalos* propios de una escritura que asume el pulso del presente continuo; una textualidad materializada como

inter-medio, como espacio de tránsito en el que circulan líneas de fuga situadas entre la observación teórico-crítica y la interpretación de los sueños; entre el registro de lectura y el recuerdo de infancia; entre el “recorrido personal” (59) y la palabra “saturada por el discurso ajeno” (93); en suma, entre la *interpretación* y la *interpelación*, en un transcurrir que enuncia sin postular, que desdeña la definición absoluta en favor de la vacilación como potencia del pensamiento crítico.

Así lo pone de manifiesto “III. La escritura y la falta”, sección en la que la yuxtaposición de registros textuales se ve intensificada. Si “1. Escritos sobre Kafka” presenta un fragmento del diario del escritor alemán en espejo con un relato onírico de la autora, “2. Estado de cosas” realiza un procedimiento similar al hacer dialogar la tirada de dados de Mallarmé con una evocación escolar auto(bio)gráfica. Dicho procedimiento es reforzado en “3. Sobre la emoción y las palabras”, donde distintas estampas surgen de la conjunción entre una escena de terapia psicoanalítica (a. La castañuela), una reflexión sobre la escritura de Javier Marías (b. El pequeño centinela), el trazado de coordenadas socioliterarias en una crónica de Leila Guerriero (c. Hablemos de Petty), una lectura sobre los efectos sensoriales de un cuento de Quiroga (d. Alicia en devenir imperceptible) y otro de Hans Christian Andersen (e. La Gran Ausente), y el diálogo entre figuras del doble en torno a un cuento de Cortázar (f. La otra, la lejana). Mas adelante, “4. La escritura y la melancolía (un problema musical)” y “5. La melancolía y la mirada (sobre una foto familiar)” se presentan como una meditación acerca del problema del lenguaje en textos de Pizarnik y Barthes, respectivamente. Anticipando el siguiente capítulo, Moure ofrece “6. ¿Y qué importa dónde esté mi cuerpo?”, cita tomada de *A través del espejo* que le sirve para discurrir acerca de los paralelismos y ecos entre las figuras autorales (empírica y de papel) de Carroll, Borges y Cervantes y sus más famosos personajes, desplazando el centro de atención al terreno de las relaciones corporo-afectivas.

“Todo su cuerpo gritaba y sus palabras salían estranguladas” (23)

La confluencia de la memoria, la fragilidad y la falta invocadas en los títulos de los capítulos anteriores se produce en el cabal encuentro entre materia textual y materia sensible en “IV. La literatura y la vida”, título compartido con el primer capítulo de *Crítica y Clínica*, de Gilles Deleuze, que reactiva una vez más la instancia intertextual vinculada, esta vez, a la dimensión somática del arte. Allí, Moure indaga acerca de las relaciones entre arte, cuerpo y afecto en cuatro escenas de lectura vehiculizadas por una escritura que performa el gesto de la transferencia psicoanalítica. Los dos primeros apartados discurren en torno al teatro y la crónica, géneros intensamente des/plegados entre la literatura y la realidad. “1. Tiempo teatral y tiempo vital” trae a escena las conexiones entre una representación (y el texto) de *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca, y una experiencia familiar arrumbada en el limbo del inconsciente de la

autora que lucha por salir a la luz. “2. La literatura forma parte de lo que soy”, por su parte, plantea un posible diálogo entre el poroso realismo contemporáneo de una crónica de Guerriero y el realismo decimonónico sin fisuras de la novela cumbre de Flaubert, desarmando relaciones temporo-espaciales convencionales.

La siguiente sección, “3. El deseo de escribir”, introduce al lector en un acontecimiento onírico que mezcla realidades docentes y *Ficciones* borgeanas con otras voces autorales, encarnando en la escritura la proyección de un deseo manifestado como doblez del yo. Esta discusión da paso a dos últimos bloques del capítulo en los que la poesía es tomada como objeto de indagación subjetiva y discursiva, como terreno de repercusiones sensibles. Ya sea a partir de la exploración de una temporalidad difusa e imprecisa que asalta la hegemonía cronológica en “Lluvia” de Borges (“4. Nombrar el deseo”), o de la comunión entre cuerpo y lenguaje –y sus restos, el cadáver y la escritura– en “Cadáveres” de Perlongher, (“5. El cuerpo afectado del poema”), Moure traza, en pocas páginas, toda una teoría del texto poético que resulta extrapolable a cualquier práctica de lectura. Imposible es, en este punto, resistir la tentación de invocar las palabras de la propia autora; más precisamente, la oración última del capítulo que, como aquí, deja en suspenso una clausura inconcebible como tal: “El poema es una mezcla impura que interroga y que es interrogada por la precariedad de nuestro saber, y sabemos que esa falla no será rellenada: el poema no es una respuesta; es una prueba vital de que existe otro modo del pensamiento” (92).

Interrupciones plantea un conjunto de intuiciones, preocupaciones y problemas (siendo el del lenguaje, el de la escritura y el de lo real algunos de los más salientes) mediante el paradójico gesto de la rigurosa intuición, ofreciendo una bocanada de oxígeno frente a las tendencias monumentalizantes de los estudios humanísticos. En palabras de la autora, esbozadas en “La cura literaria (a modo de conclusión)”, el volumen presenta “una mezcla de ensayo, diario de lectora, autobiografía incompleta y meditación acerca de lo que me afecta y me interpela” (93), trazando diálogos atravesados por la marca de la hibridez textual bajo la premisa de que teoría y la práctica son fenómenos concomitantes. Da lugar, así, a un conjunto de lecturas que ciernen la sospecha sobre la policía de la crítica asaltando el archivo de los géneros, disrumpiéndolo y alterándolo; una escritura centrífuga que abreva en las aguas de fuentes canónicas mientras navega los flujos de la sensibilidad contemporánea.

La propuesta de Moure i(nte)rrumpe la marea de publicaciones que ofrecen respuestas terminantes y postulados certeros defendiendo el rol de la inquietud –diría Ludmer, el de la *especulación*– como método anarqueológico de aproximarse a la literatura y a otras artes –el cine, la pintura, la música, la escultura, la fotografía–,

concibiéndolas como objeto de estudio pero, sobre todo, de pasión. El volumen se plantea, así, como potencia de apertura frente a la parálisis de lo instituido, entendiendo, con Barthes, la escritura como goce o, en la estela derridiana, como *phármakon*, remedio/veneno cuya operatoria es la de la persistencia interrogativa que, según la lógica de la metonimia, desplaza a perpetuidad el alcance de la siempre codiciada respuesta final. Es esta incansable búsqueda, traducida en una escritura de ritmos y tonos magnéticos, lo que Moure expresa con destreza y sensibilidad crítica, conectando las fibras íntimas del yo, el arte y la vida para proponer, a fin de cuentas, nuevas formas posibles de habitar el mundo y la literatura.